

El negro, héroe, bufón y persona en la literatura cubana colonial

Alfredo Nicolás Lorenzo
Poeta
La Habana, Cuba

Las páginas que siguen proponen un material de estudio en torno al negro, como tema en nuestra literatura colonial, y señalan de paso algunas líneas de investigación determinadas por las diferentes actitudes de los escritores ante el personaje, en el proceso histórico y literario anterior a la república semicolonial. De ahí el esquematismo y el seco sabor de prontuario que caracterizan a estas notas.

Héroe

En el primer documento de nuestra historia literaria, *Espejo de Paciencia* (1608), de Silvestre de Balboa Troya y Quesada (1563-1649), el héroe del poema es el negro Salvador Golomón, quien da muerte, en lucha singular, al pirata Gilberto Girón, secuestrador del Obispo Fray Juan de las Cabezas y Altamirano, y decide con su hazaña la suerte de la batalla en que un grupo de criollos de Bayamo se enfrenta a unos piratas franceses.¹

A pesar de todas las reservas esclavistas del poeta, el personaje negro no pierde sus exactos contornos de héroe. No volverá a repetirse, sin embargo, estampa como ésta en todo el siglo XVIII, cuando se multiplican,

con la aparición de la imprenta, las muestras de literatura insular. El negro no hará más que esporádicas apariciones de comparsa en los primeros cuadros costumbristas y no será hasta el segundo tercio del siglo XIX que recupere su papel protagónico.

Domingo del Monte (1804-1853) propondrá a sus contertulios y discípulos el tema del negro esclavo, maltratado por sus amos, como un medio de combatir la trata, que perjudicaba ya, económica y políticamente, a su clase terrateniente, a la sacarocracia criolla, pero cuidando, al mismo tiempo, que el exceso de sentimentalismo o de filantropía no fuera a desembocar en lo subversivo.²

Tanto *Francisco* (1838-39), de Suárez y Romero, como el relato menos valioso de Felíz Tanco y Bosmeniel (1797-1819), *Petrona y Rosalía* (1838), inspirados ambos por Del Monte, constituyen tipos de esta literatura filantrópica, lacrimógena, en la que el negro esclavo sufre con resignación cristiana las más atroces torturas sin un solo gesto de rebeldía y acaba suicidándose. Frutos tardíos de este tratamiento del tema los hallamos en el drama *El mulato* (México, 1870), de Alfredo Torroella (1845-1879), y en la novela *El negro Francisco* (Santiago de Chile, 1875), de Antonio Zam-

brana (1846-1922), que concluyen también con el suicidio del protagonista. Otro tanto ocurre con la novela *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), pero ésta sí contiene un verdadero gesto de protesta y una reclamación de igualdad esencial entre los hombres en la carta que el mulato esclavo, *Sab*, escribe a su amiga Teresa, antes de darse la muerte. *Sab* es la única novela antiesclavista en la que el protagonista de color proclama su íntegra condición de hombre y denuncia la injusticia social de la época.

En 1838 apareció la primera versión de *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde (1812-1894), en la cual, como habría de señalar Morúa Delgado al publicarse la edición definitiva (1882), se presenta la esclavitud como un hecho que se describe y, de paso, se acepta, sin la menor intención de mostrar los ya existentes intentos liberadores de negros y de mulatos.³ A Del Monte y su círculo no les interesa alentar esa actitud libertaria. De aquí que se exalte la mansedumbre de *negro bueno* que refleja la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano (1797-1854), antes que el atrevimiento con que el mulato libre Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido* (1809-44), canta estrofas encendidas a la libertad.⁴ *La conspiración de La Escalera* (1844) cierra esta etapa en que el negro, aunque sea en su doloroso papel de víctima, es héroe y protagonista de la literatura insular.

Bufón

A partir de 1844 desaparece el negro como héroe y es sustituido por el indio, el primitivo habitante de Cuba que duró escasas generaciones. El siboneísmo, que parte de los días mismos de Del Monte, culminará con apenas oculta intención patriótica, en José Fornaris y el Cucalambé. El negro reaparece

como figura grotesca, con el lenguaje bozal, el español deformado que cultivan los bufos y un gaditano injertado en el colegio El Salvador, de D. José de la Luz, Bartolomé de José Crespo (1811-1871), más conocido por el seudónimo de *Creto Ganga*. Hay toda una línea ascendente, desde el poema burlesco en lengua bozal y el sainete bufo, para reír a costa de los vanos intentos de imitación de los blancos, en ciertas capas de libertos negros y mulatos, hasta la agudización de la crítica social que hacen patentes comedias y guarachas, anunciando el estallido de 1868.

Este mismo año, por ejemplo, fueron publicados *Los negros catedráticos*, de Francisco Fernández, y *Perro huevero, aunque le quemem el hocico*, de Juan Francisco Valerio. A este último se le supusieron alusiones políticas que provocaron el ataque de los voluntarios en el Teatro Villanueva de la Habana. Las guarachas, de las que se hizo una recopilación en 1882,⁵ recogen todos los tipos humanos del mosaico isleño, con menos abuso del lenguaje bozal y mucha mayor simpatía por sus protagonistas, que van dejando de ser meros tipos para convertirse en personas reales.

Persona

La guerra de los Diez Años marca el fin de la esclavitud, aunque no quedó abolida de derecho por España hasta 1886. Pero ya desde 1880 se advierte una actitud nueva entre los escritores, que ven ahora como persona, que distinguen en los hombres de color, como en los blancos, variedades y tipos humanos diversos y se acercan a estudiar sus caracteres con criterio científico. Ya en 1878, Francisco Calcagno (1827-1903) había publicado su folleto *Poetas de color*, dando a conocer la vida y la obra de un grupo de escritores negros y mulatos que contribuyen al proceso cultural de los

hombres de su raza. En 1880, las *Poesías completas* de Diego Vicente Tejera (1844-1903) incluían algunas valientemente denunciadoras de la injusta esclavitud y los prejuicios raciales. En 1881 apareció la mejor colección de artículos de costumbres publicada entre nosotros, espléndidamente ilustrada por Víctor Patricio de Landaluce: *Tipos y costumbres de la isla de Cuba*, en la cual figuran, entre otros, valiosos artículos sobre *El ñañigo*, de Enrique Fernández Carrillo; *Los negros curros*, de Carlos Noroña; *El calesero*, de José E. Triay...⁶ En estos artículos se advierte el propósito de acercarse al estudio y descripción de los tipos, con precisión científica, rasgo que se acentúa en el prólogo de la colección por Antonio Bachiller y Morales (1812-1889).

A Bachiller se debe el primer intento de abordaje científico, etnológico, de la población de color de Cuba, con su libro *Los negros* (1887). Este mismo año aparecieron los *Estudios literarios* de Aurelio Mitjans (1863-1889), entre los cuales figura uno escrito en 1882: *Del teatro bufo y de la necesidad de reemplazarlo fomentando la buena comedia*. Aquí Mitjans se opone a lo que entiende como degradación de la escena por la vulgaridad y chabacanería de los bufos habaneros, sin advertir su entraña popular ni las posibilidades de desarrollo ulterior.

Desde el punto de vista literario, la culminación de esta etapa en la que el negro es

visto como persona son las dos novelas de Martín Morúa Delgado (1857-1910): *Sofía* (1891) y *La familia Unzuazu* (terminada en 1896). Ya no se trata de novelas sobre el negro realizadas con criterio sentimental, filantrópico, sino de intentos por un autor negro — desgraciadamente no logrados por entero — de pintar la situación social de los hombres de su raza y la estructura general de la existencia cubana, al modo del naturalismo francés.⁷ Y aunque Morúa no alcanzó en ningún instante a su modelo, Emilio Zola, queda en cambio su obra como testimonio elocuente de la presencia del hombre de color en la literatura cubana colonial, ya no como víctima o bufón, sino advenido persona, con pleno reconocimiento de su humana dignidad.

Notas:

El poema dice (octavas 47, 51 y 52 del Canto Segundo):
Andaba entre los nuestros diligente
un etiope digno de alabanza,
llamado Salvador, negro valiente,
de los que tiene Yara en su labranza,
hijo de Golomón, viejo prudente:
el cual, armado de machete y lanza,
cuando vido á Gilberto andar brioso,
arremete contra él cual león furioso.